

Pero ya es tiempo de que conozca el devoto lector el hallazgo de la taumaturga imagen de la Santísima Virgen del Rosario, —que por la multitud y calidad de sus prodigios se ha hecho ya tan célebre por todo el orbe— y cómo fué llevada al triste y desolado Valle de Pompeya.



LIBRO TERCERO

LA IMÁGEN PRODIGIOSA.

CAPÍTULO I

SU PRIMERA ENTRADA EN EL VALLE DE POMPEYA.

Los tres misioneros —y especialmente don Miguel Gentile, quien tomó á su cargo el predicar sobre el santo Rosario— inculcaron con mucho encarecimiento y ardor á los fieles la saludable y por tantos títulos á la Virgen gratísima práctica de rezar todos los días el santo Rosario.

Al terminar, pues, la santa Mision, ya consideraba yo cumplidos, tan felizmente todos mis ardientes deseos, y daba por ellos las más rendidas gracias al Altísimo.

Y para que el fruto de la santa Misión no fuese fugaz como los fulgores del rayo, sino duradero, permanente como los del astro del día; quiero decir, que para establecer con arraigo la costumbre tan hermosa, tan edificante de rezar en comun el santo Rosario, y para poder lucrar las muchas indulgencias concedidas por la Iglesia á la Cofradía del mismo nombre, me pareció era indispensable exponer á la pública veneración un cuadro cualquiera que representase á nuestra soberana Reina del Místico Rosal, ante el cual pudiese todas las noches reunirse este pueblo á rezar el salterio de su divina Madre y magnificar sus excelsas prerrogativas.

No había en la iglesia otro cuadro que exhibiese á la devota mirada del pueblo el objeto de su religiosa piedad, que el que le dejé al Párroco como recuerdo de la primera fiesta celebrada aquí á la Virgen del Rosario, el cual no servía ya para mi intento, estando ya establecido por la iglesia, como *conditio sine qua non*, como un requisito necesario, al efecto de lucrar las santas indulgencias concedidas á la Cofradía del santo Rosario, que el cuadro que lo representase, fuera de lienzo pintado al óleo. Además era mi mayor anhelo que fuese expuesta la efigie antes que se finalizara la santa misión; deseaba yo que la expusiesen los venerables misioneros,

como recuerdo de la santa misión que con tanto celo y fervor habían predicado, y para que sirviese de memoria al pueblo, como diciéndole que ante aquella efigie debía todas las noches postrarse á rendirle el homenaje de su filial devoción, rezando en comun el santo Rosario, lo que constituía la dichosa meta de todas mis aspiraciones y de mis más vehementes deseos. Fué, de consiguiente, preciso que yo me dirigiese con premura á Nápoles para proveerme, lo más antes posible, de una pintura alusiva á mi objeto. Llegué, pues, á la ciudad el día 14 de Noviembre del tan memorable año de 1875.

Y pensando conmigo mismo dónde pudiera hallar semejante cuadro, recordé que pasando por la calle de Toledo, había visto en las cercanías de la plaza del Espíritu Santo una tienda de imágenes y cuadros, entre los cuales parecíame haber divisado alguno tal como le deseaba. Era el estudio de un pintor que, como por antonomasia, y quizá por ser natural de Foggia, le llamaban «el Foggiano». Determiné, pues, irme á esta tienda; pero después, reflexionando sobre mi inexperiencia en materias de compras y ventas á la usanza de los napolitanos, y por lo tanto temiéndome muy embarazado, desistí exclamando ¡Oh! si pudiese traer conmigo al Padre Radente! ¡Aquél si que se arreglaría en grande

y como buen napolitano! ¿Pero dónde hallar ahora á mi buen amigo? No ignoraba yo que éste, desde la inícuca expulsion de los RR. Padres Dominicós de su convento de Santo Domingo el Mayor, vivía juntamente con otros dos Padres de su Orden en una casita que habían tomado en alquiler, y tenía por costumbre decir la misa todos los dias en la iglesia del Rosario en la Puerta Mediana.

Está bien, dije yo en mi interior, iré, pues, por la calle de Toledo: si Dios es servido, le hallaré, y sino le hallo, haré por vencer mis temores y mi pusilanimidad, y compraré yo mismo el cuadro.

Mas la Providencia que suave, pero eficazmente, conducía todo al cumplimiento de sus soberanos designios, dispuso que al llegar á Laredo dello Espíritu-Santo, me encontrase con mi venerado Padre y querido amigo.

Cuando yo en medio de los azares de mi borrascosa vida véiame tan descaminado y perdido, me envió el cielo á este buen religioso para que fuese mi padre, mi maestro y mi guía. Siquiera por deber de gratitud, diré en otro lugar algo de sus virtudes y cómo llegué á conocerle. Ahora digo tan sólo, que nos unieron en el destierro de esta vida los suaves vínculos del amor y de la amistad en 1865, y veinte años

despues nos separaba la muerte cruel. Diez años antes de esta final separacion para no volvernos á ver sino en la mansion de la eternidad, en 1875, sucedió lo que ahora voy á referir.

Ya tengo dicho que mi propia inexperiencia en materia de compras y ventas, y por ende el temor de verme abochornado, me retraían de hacer la compra del cuadro por mí mismo; pues bien, en este estado de vacilacion, la sincera amistad, la intimidad más bien con que me distinguía el P. Radente, me hizo pensar en él, como más entendido y práctico en el asunto. Así que al encontrarme con él en el sitio antes mencionado, exclamé lleno de alborozo— ¡Oh Padre! qué dicha la mia en encontrarme con V. R. ahora que tan necesaria me es su compañía!

Referíle cuanto aquellos mismos dias estaba pasando en Pompeya, el éxito maravilloso de la santa Mision, la venida del Ilmo. Sr. Obispo de Nola, sus deseos de edificar allí un nuevo templo, mi compromiso de secundar con todas veras tan loable propósito del Señor Obispo, y por de pronto, nuestro proyecto de establecer canónicamente la Cofradía del santo Rosario; y como para esto necesitaba un cuadro alusivo al misterio, había venido á la ciudad con objeto de adquirirlo lo más pronto posible.

—Pues aquí muy cerca tenemos el taller del Foggiano, me dice mi buen amigo; vámonos allá.

Entramos en la tienda y vimos un lienzo que representaba á la Virgen del Rosario, pero sin misterios al rededor, cuyo tamaño sería tal vez de un metro.

—¿Cuánto quiere V. por ese cuadro, le dice el Padre?

—Cuatrocientas liras.

—Es demasiado, le replica el Padre. Quizá yo me hubiese resignado á comprarlo al precio que quería el pintor; mas mi buen amigo, sin insistir más sobre el precio ni contender con su dueño,

—Salgamos, me dice. Y una vez fuera de la tienda, prosiguió diciéndome:

—¿Por qué quiere V. gastar cuatrocientas liras por un cuadro de tan pequeñas dimensiones, cuando trata de costear nada menos que un templo? ¿Sabe V. lo que me ha ocurrido mientras estábamos en el estudio del Foggiano? Mire, yo le regalé á Sor María Concepcion de Litala, en el Conservatorio del Rosario en la Puerta Medina, un cuadro viejo que se lo compré á un anticuario, por una cosa de nada, por una bagatela de tres pesetas y 40 céntimos. Véalo, pues, y si le parece bueno para su objeto, tan deteriorado como está, no tiene más que ir al Conservatorio y pedírselo á ella, que de seguro se lo

dará contenta, porque al fin y á la postre ya será bueno para que los pompeyanos puedan ante él rezar su Rosario.

Fuí en seguida al susodicho Conservatorio, pregunté por Sor María Concepcion de Litala, é hice que la llamaran al locutorio. No se hizo esperar mucho la Madre, que para mi mayor dicha, yo la conocía de mucho tiempo.

—De parte del Rvmo. P. Maestro Radente he venido la dije, á pedirle el viejo cuadro de la Virgen del Rosario que recibió V. del mismo Padre y lo tiene V. en su poder: mire V., Madre, que los habitantes de la Nueva Pompeya dejan de rezar el santo Rosario porque aún no tienen la imágen: es indispensable que la lleve hoy mismo, pues ya me están esperando los PP. Misioneros, quienes antes de dejar á los pompeyanos, quieren exhibírsela por sí mismos, y colocarla en el altar en que ha de recibir la soberana Reina los homenajes de sus devotos siervos.

La fervorosa Terciaria—que es una santa y vive todavía—me contestó:

—Mucho me alegro que el vetusto y polvoriento cuadro sirva para tan solemne ocasion: voy por él.

Pocos minutos despues baja mi santa mujer con su cuadro en las manos ¡Ay! qué impresion tan desagradable me causó así que lo ví! ¡Qué

desilusion para mí que me figuraba otra cosa! Era un lienzo, no solo viejo y deteriorado en extremo, sino que tenía la cara de la imagen tan mal pintada, que en vez de representar á las devotas miradas de los fieles una faz toda llena de gracia, segun aquello del salmo, *Diffusa est gratia in labiis tuis*, toda llena de dulzura, de benignidad y de misericordia, cual hubo de ser la faz de la divina Madre, más bien parecía la de una mujerona vulgar y sin gracia.

—Pero ¡oh cielos! ¿quién ha sido el bárbaro que ha pintoreado ese lienzo? exclamé entre estupefacto y indignado ante aquel cuadro que tan afeada y maltratada me presentaba la imagen de la más bella y hermosa entre todas las mujeres. ¡Cómo es posible que mis pompeyanos se muevan á devocion á vista de un cuadro que bien pudiera llamarse cuadro de la fealdad—decía yo dentro de mi corazon angustiado!

Y como si esta fealdad de la cara fuese poca cosa, para hacer el cuadro aún más repulsivo, faltaba un pedazo de lienzo—como de un palmo—sobre la cabeza de la imagen; veíase, además, su manto resquebrajado y roído por el tiempo, desconchada la pintura, y otros desperfectos muy visibles por cierto, que le hacían no solo antipático, sino tambien repugnante á la vista.

¡Y no se diga nada de la fealdad de los demás personajes que representaba el desdichado lienzo! El gran Patriarca Santo Domingo de Guzman, más que un santo, parecía un idiota trivial; Santa Rosa de Lima, que estaba á la izquierda del ínclito Guzman, con una cara de toscas y vulgarísimas facciones, parecía una rústica aldeana coronada de rosas. Ésta fué despues, por mi encargo, sustituida con Santa Catalina de Sena, por el pintor Sr. D. Federico Maldarelli, preclaro artista, condecorado con una honorífica encomienda; con esta sustitucion se venera hoy el taumaturgo cuadro.

Hasta el concepto histórico estaba equivocado en este cuadro: la soberana Reina del místico rosal estaba sentada—pero sin la diadema de gloria en la cabeza—en actitud de presentar el místico emblema no ya al glorioso é ínclito Guzman—como está comprobado por la historia,—sino á Santa Rosa de Lima: en vez de la Santísima Virgen, es el divino Infante quien le dá el rosario al santo Patriarca.

Estuve vacilante si llevaría ó no el cuadro tan desfigurado como estaba. Me apenaba mucho el pensamiento de que la santa mision estaba para terminarse, y de que les había asegurado á los RR. Misioneros y á mi pueblo de Pompeya, que aquella misma tarde tendrían en su

poder el tan deseado cuadro del Rosario: y nadie ignoraba cómo exprofeso, y con el exclusivo objeto de proveerme de él, había ido á Nápoles, y aguardaban ansiosos mi llegada á Pompeya. ¡Qué conflicto! ¡Qué angustiosa perplegidad! no sabía qué hacerme. Por una parte no podía faltar á mi palabra sopena de pasar por liviano é informal, y por otra, era para mí gran vergüenza presentarme con semejante cuadro. Advirtió la virtuosa Terciaria mis vacilaciones, y en tono de una suave amonestacion me dice:

No piense V. tanto, ni se fije en esos pormenores: llévese V. el cuadro, que siempre será bueno para que se diga delante de él un Ave-María.

Hube de hacer de necesidad virtud, y así—bien que no de grado—consentí en ello. Pero hé me aquí, que deseando evitar un escollo, me encuentro con otro, y apartándome de escila caigo en caribdis. No sabía como llevármelo á Pompeya, por cuanto su tamaño de un metro, y 40 centímetros de largo por uno de ancho, excedía el espacio concedidos en los trenes de viajeros, ni podía demorar en hacerle caja para embalarlo, porque apremiábase el tiempo, pues aquel mismo día era preciso llegase á la parroquia del Valle de Pompeya.

—Ea: lléveselo V.—decía é insistía importunándome santamente la devota terciaria—¿Qué

importa que para eso tenga V. que estar en pié en el vagon? Llévese V. la imágen.

Pero para satisfacer los ruegos de la fervorosa Madre, hubiera sido preciso resignarme no solo á ir en pié todo el trayecto en el tren, sino tambien, lo que me era muy bochornoso, irme en la 4.^a clase, entre los trastos viejos, lo cual me se hacía un poco cuesta arriba. Llegá en esto á la portería la señora Condesa de Fusco, y la santa terciaria, como si hablase inspirada, dícele con un acento de gran firmeza:

—Señora, en este mismo momento ha de llevar V. consigo este cuadro.

La señora, viendo á la fervorosa Madre tan empeñada en que se llevase el tan desagradable lienzo, por contentarla, hizo lo envolviesen en una sábana, y así envuelto nos lo llevamos á nuestra casa sita á la sazón en la «vía Salvator Rosa», n.º 290.

Y estando pensativo de qué medio valerme para que pudiese llegar aquella misma tarde á su destino, acordéme afortunadamente del entónces único carromatero de Nápoles á Pompeya, el jóven Angel Tortora, que ese día debía salir para el Valle de Pompeya. Limpiaba este jóven las cuadras de los señores de Nápoles, y vendía el estiércol para abonar los campos.

Le mandé un recado para que viniera á verme. Había ya cargado su carro y disponíase para marchar á Pompeya. Luego que recibió mi recado, vino á toda prisa á mi casa.

—Angel—le dije—me harás el favor de llevar hoy mismo á la parroquia de Pompeya este cuadro: tan pronto como llegues, se lo entregarás á los PP. Misioneros.

Fué este jóven uno de los que más me ayudaron en mis primeros trabajos. Era uno de los más ricos capataces de los colonos del Valle, jóven de elevada y gallarda estatura, de vigorosa complexion y bien desarrollados miembros, y dotado de robusta y sonora voz, por lo que me valía de él para sortear la lotería, cumpliendo él por su parte á las mil maravillas mi encargo. Me acompañaba tambien en mis excursiones por estos campos y valles, cuando de vivienda en vivienda iba recaudando los géneros antes mencionados, con motivo de mis rifas y loterías. Como estaba, pues, acostumbrado á secundar mis deseos, no se hizo repetir dos veces mi orden. Acudió, pues, al instante á mi aviso, y dispuesto siempre á complacerme:

—Está bien, me responde: toma su cuadro, lo coloca sobre su carro, y ¡andando! para el Valle de Pompeya. Mientras el cuadro iba sobre el

carro de mi laborioso Angel Tortora por la carretera provincial, yo me dirigía á la estacion del ferro-carril para tomar el tren y cogerles la delantera.

Llegado á Pompeya, cuando ví que la imágen venía puesta sobre el monton de basura, no puede figurarse el lector la tristeza y la afiecion que se apoderaron de mí. Nuestro buen hombre, con tal de servirnos, no reparó en la indecencia del sitio en que pusiera la imágen de la excelsa Reina del Empíreo. Muy satisfecho nuestro Tortora de la buena obra que acababa de hacer, á pesar de la manera inconveniente con que la ejecutara —de la que no se hizo cargo—, cuando le llamé para compensarle su trabajo, dióse por bien pagado con solo el haber traído la pintura, diciéndome: *me basta el haber conducido la imágen de nuestra Señora.*

¡Pobrecito! Nunca hubiera podido creer que su nombre un dia había de verse estampado en una historia que durará cuanto el santuario de nuestra Señora de Pompeya.

La Madre de misericordia le habrá remunerado largamente lo que trabajara para su templo.

¡Oh! ¡Y quién creyera que aquel polvoriento, y pintorreado lienzo, comprado en la calle por el vil precio de tres liras, que hace ahora su primera entrada en la Nueva Pompeya, no

ya sobre una carroza triunfal, ni siquiera en un coche, sino en un carro de... estiércol, había de ser, en los altísimos y adorables designios de Dios un medio eficaz de salvacion para innumerables pecadores! ¡Que un objeto de suyo tan vulgar, tan despreciable, había de llegar á ser tan precioso y á verse esmaltado de los más fulgentes y hermosos brillantes y como tachonado de las más exquisitas y preciadas joyas, colocado sobre un riquísimo trono levantado en un grandioso y magnífico templo por la piedad y filial devocion de los creyentes, edificado exclusivamente para él! ¡Quién jamás hubiera podido pensar que aquella vieja y roida tela había de atraer á posarse ante su altar no ya tan solo á los pobres labriegos de este valle, sino á innumerables muchedumbres de devotos fieles de las más remotas y apartadas regiones del globo que, sin que les arredren las dificultades de tan largo viaje, vienen acá en devotas peregrinaciones, transformando este hasta hace muy poco oscurísimo valle en centro de religion, de civilizacion y de gloria, y que se había de merecer el amor, el cariño del mismo Vicario de Jesu-Cristo, hasta el punto de dignarse acoger su santuario bajo la égida de la tierra pontificia!

¡Oh! si hubiésemos podido penetrar las arcanas disposiciones del cielo sobre ese oscuro

lienzo! ¡Oh! si hubiesen podido conocer el porvenir que le estaba reservado á tan despreciada pintura los que hoy acuden llenos de fé y de la más acendrada piedad á su santuario desde los cuatro puntos cardinales de ambos mundos, desde el imperio celeste hasta Madrid, y desde el Norte de América hasta los infelices descendientes de Cam á tributar á su divina Madre, á su dulce Esperanza, al par que el óbolo de su piedad filial, los más rendidos homenajes de su tierra devocion! ¡Oh! Si hubiésemos podido, repito, leer en el gran libro de los soberanos designios de Dios la gloria que le estaba reservada al tal cuadro, ciertamente que no hubiera hecho su entrada en este pueblo, que había de ser su córte, sobre un carro de inmundicias, sino que le hubiésemos traído como en palmas, entre los más entusiastas vítores é himnos de alabanza, entre los más festivos y alegres hosannas, y entre cánticos de júbilo y de bendiciones, que lenguas mil habrían entonado para glorificar á la bendita entre las hijas de Eva, á la más excelsa y santa criatura del Empíreo, á la Corredentora del género humano, á la Reparadora de la culpa de Eva, á la benditísima y soberana Madre de Dios, repitiendo, con indecible contento de sus corazones y con júbilo indefinible de sus almas: *Bendita por todos los siglos la que llena*

de misericordia viene á visitar á sus hijos: Bendita la que en su infinita misericordia el piadoso Dios nos envía.

CAPÍTULO II.

LA PRIMERA REPARACION DEL CUADRO.

Apenas hubo llegado mi buen carromatero á Pompeya, depositó en la Iglesia parroquial el tan suspirado lienzo, entregándoselo á uno de los RR. Misioneros. Nadie de cuantos entónces lo vieron, pudo reprimir una sonrisita de estupor y de extrañeza que la vista de aquel cuadro, que yo les remitía para ser expuesto á la veneracion de los pompeyanos, produjera en sus lábios. Todos contestes resolvieron que de ningun modo podía presentarse al público tal figura; por aquella tarde, por consiguiente, hube de resignarme á ver el fruto de todos mis cuidados y trabajos relegado á un oscuro rincon del templo, detrás del altar mayor.

Al día siguiente por la mañana, nos reunimos en consejo en la misma iglesia, para deliberar sobre el asunto. Era del todo indispensable retocar el lienzo: pero ni había tiempo disponible

para confiar el trabajo á artista alguno de Nápoles, ni la vieja tela podía parecernos acreedora al menor sacrificio pecuniario.

En este estado nuestro asunto —que á la sazón nos parecía importante— como de improvviso se dejó oír la autorizada voz del anciano párroco —q. D. h.— que dijo: —yo conozco á un pintor que actualmente se dedica á copiar los frescos del anfiteatro. Es mi penitente, buen cristiano, un hombre de bien, y se llama Guillermo Galella. Tal vez no exigirá nada ó muy poca cosa cuando sepa su procedencia y el objeto á que se le destina: llamémosle, pues, en seguida.

Solícito acudió á nuestro aviso el Sr. Galella, y así que se hizo cargo del lastimoso estado del cuadro, pidió tiempo para efectuar las reparaciones que imperiosamente reclamaba: tratábase de dar nuevo colorido en diversos puntos desconchados, y despues barnizarlo todo.

—Este cuadro— le dije— nos ha sido regalado con el piadoso objeto de introducir entre estos pobres labriegos la devocion del santo Rosario. No hay aquí quien pueda atender á los gastos de un verdadero retoque, no hay una Cofradía, ni la parroquia está en condiciones para ello: haré yo mismo gustoso este sacrificio pecuniario; pero mire que todo él no vale más que

la miseria de ocho carlinos: si V. me lo pone en estado de poder exponerlo á la veneracion y culto público, yo me obligo á darle á V. treinta — es decir, doce liras y 75 céntimos. —

Mi buen pintor debió quedar satisfecho con esta mi oferta, porque sin más, me tomó el vetusto cuadro, y se lo llevó á su estudio.

Con brillantísimo éxito había ya terminado la santa mision, y los apostólicos varones habían regresado ya á sus respectivas casas, muy satisfechos y muy gozosos de la abundante miés que habían segado en el campo del gran Padre de familia. Pasan dias y más dias, pasa una semana y otra, y nuestra pintura no se vé por ninguna parte. Gracias que estos sencillos campesinos, enfervorizados por la santa mision, y dóciles á la voz de los venerables misioneros, continuaban reuniéndose todos los dias, al anochecer, en su pobre parroquia á rezar el santo Rosario, ante la devota imágen litografiada de nuestra Señora, expuesta allí á su filial piedad desde la segunda fiesta celebrada en 1874 en honra suya. No podía, pues, desperdiciar tan propicia ocasion para llevar á cabo mi acariciada idea y dar feliz remate á mis mayores y más ardientes anhelos, esto es, para erigir canónicamente

la tan ansiada Cofradía del santo Rosario. En los corazones de todos latía fuerte el amor hácia nuestra soberana Reina; era el fruto de la fervorosa predicacion de los enviados del Señor. El ardor divino, el devoto entusiasmo, comunicados por la palabra divina á estos bien dispuestos corazones, manteníanse aún en toda su intensidad; era, pues, de aprovechar para mi intento tanta bella ocasion y tan buenas disposiciones, antes que comenzaran á entibiarse. Apresuráme, por lo tanto, á hacer las oportunas diligencias para el establecimiento de la susodicha Hermandad y para que, tan pronto como llegase el cuadro, pudiesen los inscriptos disfrutar de todas las indulgencias y demás bienes espirituales otorgados por la Iglesia á los cofrades del santo Rosario.

Para que la Cofradía del Rosario pueda usufructuar las indulgencias, privilegios y demás bienes espirituales concedidos á la sagrada Orden de RR. PP. Dominicos, hácese indispensable que el Rmo. P. General de la misma otorgue y expida el diploma de ereccion, designe al Rector de la Cofradía, y que el Ordinario apruebe la ereccion de ésta y la nómina de aquél.

Como yo, por un efecto de mi particular veneracion hácia el ínclito Patriarca Santo Domingo, estuviese agregado á su Tercera Orden de

Penitencia, y no perdía ninguna coyuntura ú ocasion favorable para que el cándido y santo hábito del insigne fundador español fuese tambien venerado y amado por otros, hubiera querido con todo mi corazon que mi estimadísimo amigo y venerado padre de mi alma, el Rmo. P. Maestro Radente, hubiese sido Rector de la Cofradía que tratábamos de establecer.

Habléle en este sentido cuando de nuevo volví á Nápoles. —No puedo aceptar ese cargo— me respondió con su habitual afabilidad mi buen amigo—; porque, si bien una arbitraria é incúea ley —que nada tiene de ley, siendo en realidad la prepotencia del más fuerte— haya de hecho suprimido las Comunidades religiosas, vivo, sin embargo, en comunidad con otros Padres de la provincia de Nápoles, y perteneciendo yo á ésta, no quiero de ninguna manera perder la filiacion del Convento de Santo Domingo el Grande, y había de renunciar á esta filiacion para poder aceptar el rectorado de la Cofradía de Pompeya que pertenece á otra provincia eclesiástica. Así, pues, no será poco —y yo me daré por muy satisfecho de ello— que V. consiga del Ilmo. Sr. Obispo de Nola la licencia para que pueda ir á Pompeya á confesar á V. y á los devotos fieles de esa: y de este modo llegaré fructuosamente ahí siempre que V. tenga á bien llamarme.

No pude replicar á tan decisiva respuesta. Él mismo escribió á Roma al Rmo. P. General, pidiéndole el diploma para eregir canónicamente la *Cofradía del santísimo Rosario en el Valle de Pompeya*, y proponíale para su director espiritual al respetable sacerdote natural de esta misma tierra y muy querido de todos, D. Genaro Federico.

Nada sucede en este mundo por pura casualidad, por que eso del *acaso* es una expresion del que blasfema, sino que todo está dispuesto por la altísima Providencia de Dios, que todo lo endereza al cumplimiento de sus arcanos designios; y de consiguiente —como dice el príncipe de los poetas— «todo lo que acaece está encaminado á su particular y determinado fin: *disposto cade a proveduto fine.*»

En este futuro Rector de la Cofradía del santísimo Rosario, habrá ya reconocido el atento lector á aquel mismo sacerdote con quien, por especial providencia del cielo, me encontré debajo de aquellas largas y lozanas hileras de chopos que guarnecen el Arno, el mismo dia que, por vez primera, pisaba este suelo. El Vicario General de los PP. Dominicos— que á la sazón era el P. M. Fr. José María Sanvito— acogió, con mucha satisfaccion suya, la solicitud que el P. Radente le enviara, y expidió sin demora la

bula de ereccion con fecha 12 de Diciembre de 1875, remitiéndosela al que éste le había designado para Rector, al ya mencionado presbítero Fr. Federico.

Este á su vez presentó el tan deseado diploma, que acababa de recibir de Roma, en la curia de Nola para que lo ratificara, poniendo su sello el Ilmo. Monseñor: y así, mientras se cumplían estas formalidades, pasó todo el mes de Diciembre.

CAPÍTULO III.

EL AÑO 1876.

§ I.—El Óbolo de la viuda del Evangelio.

Llega ya el faustísimo y memorable año de 1876, fecha gloriosa, de cara y perdurable memoria en los anales de este santuario, como que con ella amanecía para éste una nueva era de misericordia y de miseraciones divinas que habían de transformar este valle de desolacion y de muerte, en tierra de promision y en un campo bendecido por el mismo Dios..... *cui benedixit Dominus.*

El astro del dia radiante como en los más hermosos dias de primavera, el cielo engalanado

con un azul encantador, con ambiente templado por las apacibles corrientes que al pasar por el perímetro vesuviano pierden, aún en el corazón del invierno, su algidez, todo contribuía á hacer más espléndido y más memorable todavía el primer dia de aquel inolvidable año, haciéndonos pasar — por lo apacible de la temperatura de ese magnífico dia — la fiesta de la Circuncision por la Páscoa florida.

El Ilmo. Monseñor de Nola nos había dado dos importantes consejos: el primero, no poner manos á la obra antes de contar con un presupuesto que bastase, por lo menos, para hacer frente á los primeros gastos que nos había de ocasionar una obra de esa naturaleza; y el otro, que la cuota con que los vecinos habían de contribuir á la edificacion de la Iglesia no excediese de cinco céntimos mensuales por cada persona.

—Diez céntimos— decía el ilustre Prelado — al fin del año concluyen por cansar á la gente, mas la oferta de solos cinco céntimos á nadie puede molestar.

Tenía tambien otro nobilísimo fin esta tan insignificante oferta, y era el de acostumbrar á estos rústicos á la piadosa y santa práctica de la cristiana caridad, y hacerlos á la vez acreedores al grandísimo mérito de la edificacion